

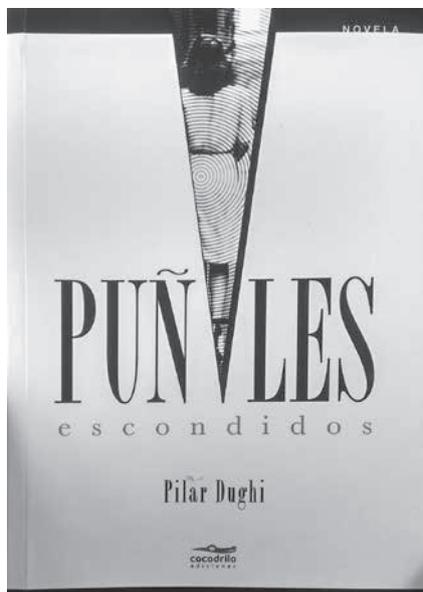
La historia secreta de *Puñales escondidos*

GIOVANNA POLLAROLO

En 1997, la novela *Libreta de ahorros* ganó el primer lugar del Premio de Novela Corta del Banco Central de Reserva del Perú. Un año después, fue publicada con el título *Puñales escondidos*. Su autora, Pilar Dughi, era ya un nombre conocido en el medio literario limeño por *La premeditación y el azar* (1989) y *Ave de la noche* (1996), colecciones de corte fantástico y policial que sorprendieron por su originalidad. Dos décadas después y tras cumplirse once años de la prematura muerte de Pilar Dughi, Cocodrilo Ediciones ha tenido la excelente iniciativa de reeditar *Puñales escondidos*. Promueve así su relectura entre quienes la leímos y celebramos en su momento, y convoca a nuevos lectores y lecturas de esta novela que, en cierto modo, inauguró una nueva manera de escribir el ya tan trajinado, pero siempre reescrito, género policial. El cambio del título es bastante significativo y permite arriesgar una clave de lectura que quiero proponer en esta reseña.

Paralelamente al desarrollo de una intriga policial relacionada con estafas, robos o dineros desaparecidos de cuentas bancarias, sugerido por el primer título y corroborado desde las primeras líneas de la novela: «Poco antes de las ocho de la mañana, el cajero Osorio fue rodeado discretamente por los agentes de seguridad y auditoría del banco, en las mismas puertas de la agencia» (p. 19), *Puñales escondidos* narra los días de Fina Artadi cuando el orden rutinario de su vida estalla casi súbitamente en mil pedazos al descubrir que el mundo en el que vive está muerto, que ser una correcta empleada de una agencia bancaria, la hija única que había cuidado a sus padres hasta el final, la discreta amante de un hombre casado cuya visita semanal es un remedo de un típico matrimonio sin amor, entre otras rutinas, no tienen sentido alguno. «Mi mundo ya está muerto», piensa. «[...] no tenía hijos, tampoco una computadora en casa. No tenía Internet. Tampoco correo electrónico» (p. 103). El mundo para el que fue criada no existe más; y no solo no entiende nada del nuevo, sino que está completamente sola.

La presencia de dos narraciones: la que refiere la discreta investigación que emprende Fina cuando, a raíz de la detención de Osorio, descubre que falta dinero en la libreta de ahorros de un cliente recientemente fallecido y la de su crisis al comprobar que su mundo ya no existe más, agudizada por la irrupción de una enfermedad



Puñales escondidos

Pilar Dughi

Cocodrilo ediciones

Lima, 2017

136 pp.

degenerativa, remiten a las conocidas «Tesis sobre el cuento»¹ esbozadas por Ricardo Piglia a partir de la anécdota que registra Chejov en una de sus notas: «Un hombre, en Montecarlo, va al Casino, gana un millón, vuelve a su casa, se suicida». Y la explicación: «Contra lo previsible y convencional (jugar-perder-suicidarse) la intriga se plantea como una paradoja. La anécdota tiende a desvincular la historia del juego y la historia del suicidio. Esa escisión es clave para definir el carácter doble de la forma del cuento. Primera tesis: un cuento siempre cuenta dos historias» (p. 1). Lo previsible y convencional de la historia de Dughi: una mujer madura, sola y cercana a la jubilación diagnosticada de una enfermedad degenerativa llega a su casa y se suicida. Pero como Chejov, construye otra intriga: la mujer sola, en un mundo que no es suyo y víctima de una enfermedad incurable, le roba al banco. La manera como los escritores organizan la narración de cada una de las historias determina, según Piglia (en su segunda tesis), la distinción entre el «cuento clásico» y el «cuento moderno». Clásicos como Poe o Quiroga narran «en primer plano la historia 1» y «construyen en secreto la historia 2» que produce un «efecto

de sorpresa» cuando «el final de la historia secreta aparece en la superficie». La versión moderna del cuento abandona, dice Piglia, el final sorpresivo; trabaja la tensión entre las dos historias sin resolverla nunca: la historia secreta se cuenta de un modo cada vez más elusivo (p. 1).

¿Cómo cuenta *Puñales escondidos* las dos historias? ¿A la manera del cuento clásico o del moderno? Podríamos decir que a la manera clásica por cuanto la trama del robo que aparecía como parte de las convenciones del género policial frente al relato, diríamos, minimal y discreto de una antiheroína totalmente opuesta a las *femme fatale* que pueblan la novela negra deviene en la historia de una mujer que dejó de ser débil y vulnerable, que dejó de ser víctima de un mundo que le era ajeno. Entonces, *Puñales escondidos* narra el tránsito de la vulnerabilidad al «empoderamiento» y despierta en los lectores una sonrisa complacida: la señorita menospreciada e incluso objeto de burla de sus compañeros jóvenes, la que ya no es seleccionada para asistir a los cursos de capacitación, la que se avergüenza de su soledad, no se amilana ni se deja chantajear por Campina, su compañero de trabajo, cuando este descubre el robo. «Notó que el olor marino era fresco, límpido, agudo, firme. Exhaló un lento suspiro y continuó su camino» (p. 136). Campina no se atrevería a delatarla; Fina lo sabe; Fina ya entiende el mundo.

Pero como en el cuento moderno, otra historia secreta y elusiva se asoma: el mundo que aprendió y en el que se ha instalado Fina es el de sus compañeros de trabajo, el de la mentira, el del robo y la traición. Si las corporaciones roban, las empresas de luz, los bancos, los seguros, ¿por qué ella no le iba a robar a la empresa para la que había trabajado toda su vida? Cuando constató que el mundo que había conocido ya no existía, supo que «debía hacer algo. No podía quedarse así» (p. 104). Y no se quedó.

La historia secreta que Dughi fue tejiendo sin palabras entre los intersticios de las otras dos narraciones nos asalta después del final, nos incomoda y borra la sonrisa cómplice del final feliz. Nos instala en el mundo donde los delitos quedan impunes y la justicia es solo una idea. Un mundo en el que impera el caos, y el «orden» ya no se restaura como ocurría en los viejos policiales.

1 Ricardo Piglia. *Formas breves*. Buenos Aires: Anagrama, 1986.